

CAPITULO XXXV.

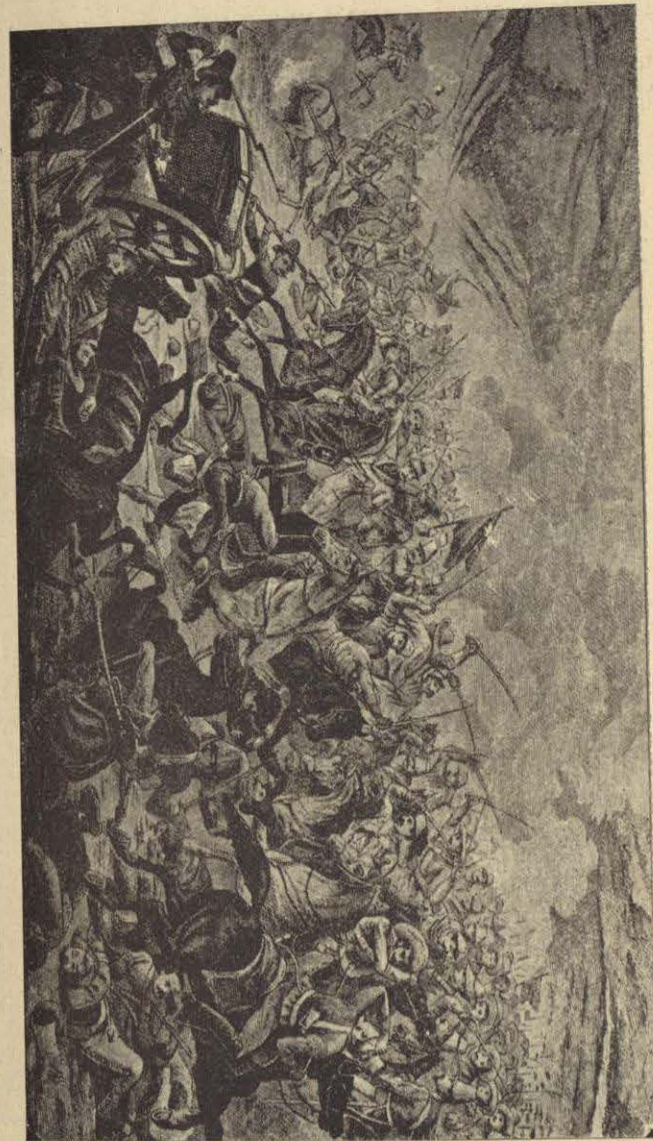
San Lorenzo.

El 5 de Abril, esto es, al día siguiente de los acontecimientos relatados en el capítulo anterior, el General Díaz partió en persecución del ejército imperialista de Márquez, quien no se había atrevido á acercarse á Puebla, desde que supo que esta ciudad había caído en poder de los liberales, prefiriendo retirarse, con la determinación de regresar á la capital de la República tan luego como le fuera posible. Pero el jefe liberal lo siguió sin la menor pérdida de tiempo. En la mañana del 6 de Abril, un día después de haber salido de Puebla, llegó á Apizaco, donde tuvo el desagrado de saber que Márquez había partido ya para Huamantla.

Dejando atrás la infantería y la artillería, el General Díaz continuó la persecución de las fuerzas imperialistas con sólo la caballería, con el objeto de poder darles alcance. De este modo logró avistarse con la caballería de Márquez en San Diego Notario, é inmediatamente la atacó. Después de una sangrienta refriega, la obligó á retirarse hácia el núcleo de las fuerzas enemigas, donde se vió ya libre de la persecución de que era objeto, pues la artillería imperialista abrió fuego sobre la caballería liberal, la cual se vió obligada á ponerse fuera del alcance de los cañones después de haber perdido veinte ó más hombres.

Al día siguiente se le unieron al General Díaz las fuerzas de Lalanne, consistentes en 400 jinetes y 600 soldados de infantería. Díaz le ordenó detener á toda costa á Márquez inter podía él acercar la infantería y artillería.

Lalanne cumplió literalmente las órdenes que se le dieron, y mantuvo en jaque á los imperialistas hasta que sus tropas fueron casi completamente ani-



BATAJIA DE SAN LORENZO.

quiladas. Pero había llenado su misión con la mayor eficacia, pues detuvo á Márquez el tiempo suficiente para que fuera alcanzado por el grueso de las fuerzas del ejército liberal en San Lorenzo. La orden que había recibido Lalanne, era de detener á Márquez aunque fuera solamente por una hora. A las 8 de la mañana del 8 de Abril se encontró con las fuerzas imperialistas en Zotoluca, y aquí presentó batalla, efectuando su retirada gradualmente y atacando á intervalos, de cuyo modo logró detener al enemigo hasta las tres de la tarde, hora en que sus fuerzas habían quedado tan reducidas, que no le fué ya posible impedir el paso á los imperialistas.

Entre tanto, el General Díaz con su ejército había dado alcance á Márquez entre San Nicolás y San Lorenzo, en el preciso momento en que los restos del pequeño ejército de Lalanne habían comenzado á huir en todas direcciones. Se encontró primero con la caballería enemiga, á la cual obligó á replegarse después de hacerle sufrir pérdidas considerables. Debemos advertir, que á Márquez no se le veía la menor inclinación de presentar batalla á las fuerzas liberales, que tan repentinamente se le habían aparecido.

Esa misma noche del 8 de Abril, el General Díaz desplegó sus fuerzas en semicírculo alrededor del enemigo. El siguiente día ambas fuerzas lo pasaron frente á frente. El comandante en jefe liberal reconoció cuidadosamente la posición del enemigo, y quedó satisfecho de la distribución que había hecho de sus fuerzas. Inter esto tenía lugar, llegaron á su campamento cuatro mil hombres al mando del General Guadarrama. Este último había sido despachado por Escobedo poco tiempo antes desde Querétaro, con la misión de vigilar á Márquez; por cuyo motivo tuvo en esta ocasión la oportunidad de ofrecer sus servicios al General Díaz.

Informado Márquez de este repentino aumento en la fuerza del ejército liberal, decidió retirarse y hacer lo posible por llegar á la ciudad de México. Con este objeto comenzó á evacuar su campamento

en la madrugada del día siguiente y se dirigió á San Cristóbal por el camino de Texcoco.

Tan luego como supo esto el General Díaz, dió órdenes para que se avisara á la gente de Calpulálpam que destruyera el puente de San Cristóbal, á lo cual procedieron sin la menor dilación. Pero no habían aún completado su trabajo, por ser la estructura grande y fuerte, cuando apareció la vanguardia del ejército imperialista.

Entre tanto, las tropas liberales en toda su fuerza conducidas por el comandante en jefe, se habían puesto en activa persecución de Márquez, á quien alcanzaron en los momentos en que estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos por hacer pasar por el medio derruido puente su infantería, que por cierto, se encontraba ya parcialmente desmoralizada.

Viendo el jefe imperialista que era imposible pasar por la barranca su artillería, ordenó que fuera arrojada al precipicio, que en este lugar era de considerable altura. De suerte que no le quedaron para contener el avance del enemigo más que dos pequeños cañones que había logrado pasar á lomo de mula al otro lado de la barranca.

Márquez trató de hacer resistencia, pero muy luego tuvo que ponerse en precipitada fuga con rumbo á la ciudad de México, dejando en poder de los victoriosos liberales todo el equipaje, sus cofres de dinero y dos mil prisioneros.

Como es natural, la caballería, que formaba la mejor parte de las fuerzas imperiales, logró franquear la barranca. Dicha caballería estaba formada principalmente por austriacos y tenía entre sus oficiales guerreros tan famosos como Kodolich, Wickenburg y Kevenhueller, que pelearon bravamente por todo el camino hasta Texcoco; pues la caballería liberal continuó la persecución durante todo el día hasta que comenzó á oscurecer. En esta retirada los imperialistas experimentaron considerables pérdidas.

El día siguiente, la caballería liberal al mando



GENERAL LEONARDO MÁRQUEZ.

de Leyva continuó la persecución no desamparando la retaguardia del enemigo hasta llegar á los muros de la ciudad de México. La retirada fué desastrosa para las tropas de Márquez, pues la noticia de su derrota los había precedido y los indígenas habían destruido los puentes del camino que tenían que seguir, obligándolos así á atravesar peligrosas barrancas y ríos, donde tuvieron muchas pérdidas que lamentar. Muchos de los jinetes quedaron hundidos en los fangales y pantanos, de donde les era imposible inestricarse, siendo fácil presa del enemigo que implacable los perseguía.

Márquez llegó á la capital de la República, de donde había salido pocos días antes lleno de esperanzas á la cabeza de su ejército disciplinado de cuatro mil hombres; llegó, decimos, con sólo su caballería, compuesta principalmente de austriacos, que lograron escapar gracias á estar bien montados. El mismo día que entró el jefe imperialista á la ciudad, puede decirse que comenzó el sitio de la capital de la República.

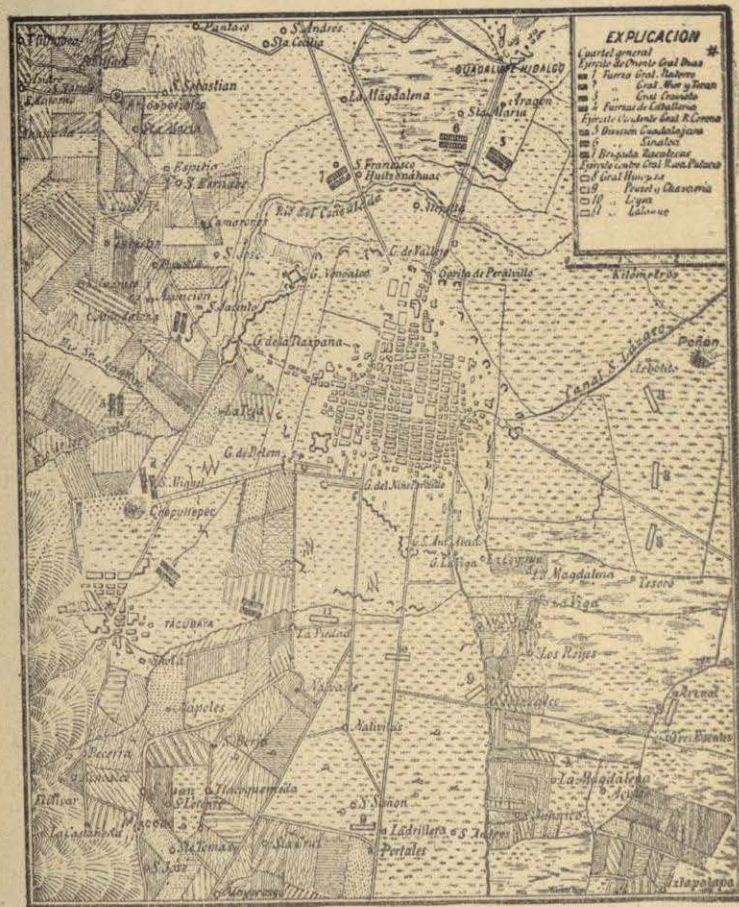
CAPITULO XXXVI.

Los últimos días del Imperio.

El 12 de Abril, diez días después de la toma de Puebla, y dos después de la derrota de Márquez en San Lorenzo, las tropas liberales comenzaron á rodear formalmente la capital de la República. Las primeras líneas se extendían por más de diez millas, distancia comparativamente grande que tenía que ser cubierta con las pocas tropas de que disponía el comandante en jefe del Ejército del Este. El trabajo de circunvalación fué comenzado inmediatamente y las líneas de trincheras se construyeron tan rápidamente como fué posible. El General Díaz dirigía personalmente todas las operaciones. Estableció su cuartel general en Guadalupe, por considerar este lugar el punto más conveniente para el objeto, y desde aquí dirigía el sitio. En este lugar se encontraba cuando se recibió de Querétaro la orden llamando al General Guadarrama, por necesitarse urgentemente de sus servicios en ese lugar. La partida de las tropas de Guadarrama debilitó mucho á las fuerzas sitiadoras, é hizo casi imposible cubrir la línea de circunvalación, empresa que tuvo que desatenderse durante varios días, inter llegaban refuerzos que hicieran posible esta operación militar.

En los precisos momentos en que se comenzaban á activar las operaciones del sitio, recibió el General Díaz una comunicación del General Escobedo llamándolo en su auxilio, por no ser posible á este último llenar la extensa línea al rededor de Querétaro. Al mismo tiempo le ofrecía Escobedo el mando de todas las fuerzas que allí habían.

Díaz contestó que se pondría en marcha tan luego como hiciera venir más cañones y parque de Puebla, y hubiera reunido fuerzas suficientes para impedir que los imperialistas se escaparan de la ciudad de



SITIO DE MÉXICO.

México. En vista de esto, comenzó á hacer todos sus arreglos para la proyectada marcha.

Habían dentro de la capital como 8,000 soldados, y Díaz no dispondría sino de cinco, ó á lo más, seis mil, después de segregar las tropas que tenía que llevar consigo á Querétaro. Con esas pocas fuerzas habría que mantener el sitio de México frente á un enemigo superior en número. Pero cuando estaba ya casi listo para ponerse en camino hácia el norte á reunirse con Escobedo, recibió una segunda comunicación de este último, manifestándole que la situación había asumido un aspecto más favorable, y que creía, que en ese estado, sí le era ya posible continuar el sitio sin el auxilio de las fuerzas frente á la capital. Esto que relatamos tuvo lugar en los primeros días de Abril.

Inmediatamente comenzó el General Díaz á activar las operaciones del sitio, y conforme éstas progresaban, nuevos refuerzos llegaban constantemente á su campamento. Estos refuerzos eran debidos á los esfuerzos que él mismo hacía, desde que logró derrotar á Márquez, por reclutar y organizar tropas en los Estados limítrofes. Se trajo artillería de Puebla y se utilizaron también los cañones de campaña que habían sido arrojados en la barranca de San Lorenzo por Márquez. Toda esta artillería fué dirigida sobre las fuerzas sitiadas, sus primitivos dueños. Para dotar estos cañones se hicieron venir de Puebla oficiales y artilleros competentes.

Para evitar que el enemigo tuviera oportunidad de comunicarse con el exterior por vía del lago de Texcoco y las lagunetas, se construyó un puente flotante en todo el camino desde San Cristóbal al Peñón de los Baños, y las aguas del lago fueron vigiladas por botes y canoas bien tripulados y armados con artillería ligera. Esta medida no solamente impidió toda comunicación á los sitiados, sino que también proporcionó un medio de comunicación fácil y efectivo con las fuerzas sitadoras que tenían á su cargo el ataque de la ciudad por el lado del este.

Gran actividad reinaba en todos los departamentos del Ejército del Este. Se establecieron fábricas de parque en Puebla y en Panzacola; un servicio veloz de mulas fué organizado para transportes entre Apizaco, que era entonces el término del Ferrocarril Mexicano, y el cuartel general de las fuerzas sitiadoras; otro fué establecido entre Apizaco y Puebla. Un convoy de treinta carros de parque fué enviado á Escobedo á Querétaro; y los cañones desmontados que habían pertenecido á las fuerzas imperialistas derrotadas en Puebla, y que habían sido almacenados en esa ciudad, fueron compuestos y traídos frente á la capital de la República. Muchos de estos cañones eran de hierro fundido y muy pesados, y como era muy difícil moverlos con rapidez, se les utilizó en baterías fijas; las cuales, según lo aseguró el mismo comandante en jefe, prestaron muy buen servicio.

El plan del General Díaz era no tomar la ciudad por asalto, pues de este modo se tendrían que destruir muchos hermosos edificios, sino más bien obligarla á rendirse por hambre. Con este objeto se ejercía gran vigilancia, para evitar que se escaparan partidas de los sitiados.

El 15 de Mayo se recibieron un telegrama del General Escobedo y otro del General Alcérreca de su cuartel general de San Juan del Río, anunciando la rendición incondicional de Querétaro y la captura de Maximiliano, sus oficiales y su ejército. Se mandaron imprimir estos telegramas, se colocaron copias dentro de cascos y éstos fueron lanzados dentro de la ciudad por los cañones; de cuyo modo llegó á los sitiados sin la menor demora la noticia de la derrota de las fuerzas imperialistas en el norte.

Estas noticias, que pronto se regaron, debido al modo original con que fueron comunicadas á los habitantes de la ciudad sitiada, produjeron depresión general, aunque Márquez pretendía no creerlas.

Los defensores de la capital comenzaban ya á reflexionar seriamente en que no tardaría en presentarse la gran dificultad de falta de provisiones y de

parque, y en consecuencia se comenzó á manifestar descontento, especialmente en el ejército de labriegos y semi-esclavos que Márquez había agregado á sus fuerzas después de la derrota de San Lorenzo.

La ejecución de Maximiliano el 19 de Junio en el Cerro de las Campanas en Querétaro, noticia que fué inmediatamente comunicada á los sitiados de la capital, hizo desaparecer el centro alrededor del cual se había formado el partido imperialista. Los austriacos, que habían permanecido resueltamente fieles á Maximiliano, informaron al comandante del Ejército del Este, que se refrenarían de tomar parte en la defensa de la ciudad, siempre que se les permitiera salida libre á la costa, donde un barco austriaco aguardaba para conducirlos á Europa. Varios generales imperialistas también intentaron hacer arreglos secretos con Díaz; mas éste último rehusó todo acuerdo, pues había obtenido informes que la ciudad se vería obligada á rendirse dentro de pocos días, debido á la falta de provisiones y á las condiciones insalubres que prevalecían en ella.

Por este tiempo tuvo lugar un audaz é inmoral atentado para asesinar al General Díaz, muy semejante al de Trujeque algún tiempo atrás.

El General O'Horán envió á decir al General Díaz que deseaba mucho tener con él una entrevista, pues quería hacerle una propuesta que era de interés general para el Ejército del Este. Con el mensajero mandaba una pequeña linterna de luz roja, y suplicaba al General Díaz que hiciera señas con ella en caso de que deseara que él, O'Horán, se acercara á hablarle.

El comandante liberal fué al lugar convenido para la entrevista, que era cerca de la garita de Peralvillo. Y habiendo tomado primero la precaución, él y los cuatro hombres que lo acompañaban de buscar protección en una zanja, enarboló la luz roja.

Como si hubieran estado aguardando la aparición de esta señal, la infantería y artillería imperialistas abrieron fuego, desde cerca de un foso situado á re-

gular distancia, sobre la luceilla, en apariencia insignificante. No cabe la menor duda de que O'Horán había arreglado la celada con la esperanza de deshacerse del espíritu guiador del Ejército del Este, en quien veía el único obstáculo para arreglar una rendición honorable de la capital y la garantía completa de las vidas y propiedades de sus defensores.

Después de que cesó el fuego, el General Díaz se dirigió á través del prado de regreso á sus propias líneas.

El siguiente día mandó O'Horán otro mensajero á Díaz, explicándole que lo que había sucedido la noche anterior había sido un accidente. Aseguró que el mismo Márquez se encontraba en las líneas en el momento en que fué mostrada la luz roja, y que personalmente había ordenado que se hiciera fuego. El mensajero pidió otra entrevista, en la cual se convino, aunque esta vez se señaló un lugar á distancia segura de las líneas del enemigo.

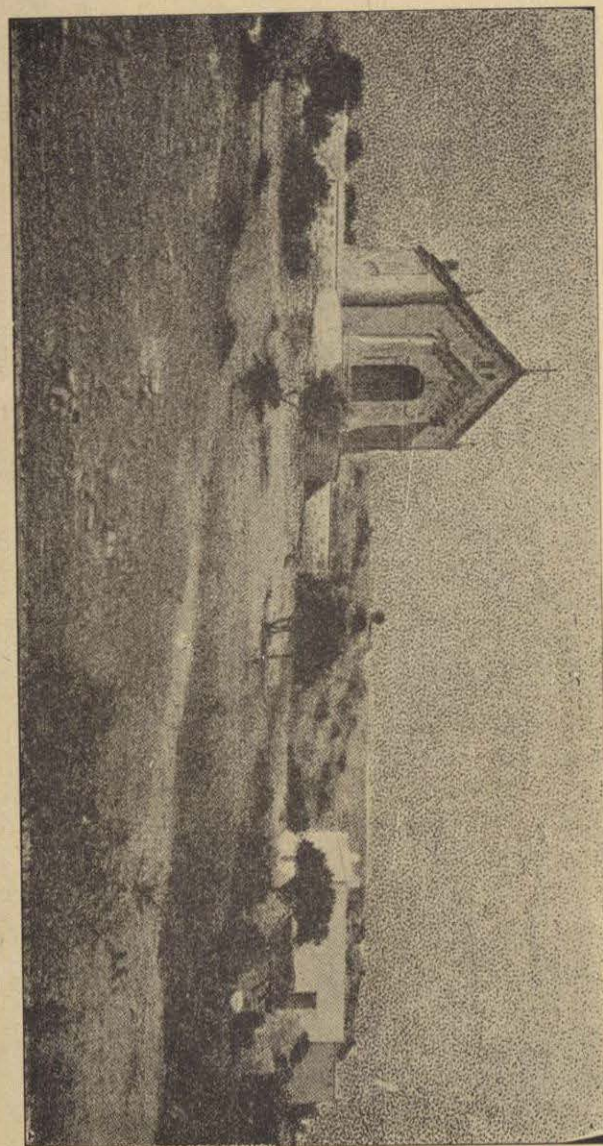
En esta ocasión O'Horán fué á la cita, y la conducta que allí observó muestra que era capaz de hacer cualquiera traición. Ofreció que entregaría las fortalezas de México al Ejército del Este y con ellas á Márquez y demás jefes imperialistas, con la única condición de que se le garantizara la vida y que se le diera pasaporte y salvoconducto para salir del país.

El General Díaz no aceptó el ofrecimiento, y O'Horán regresó á la ciudad á esperar la suerte que allí le aguardaba.

Dos ó tres días antes de la rendición de la capital, llegó al campamento de los sitiadores el General Tabera con la propuesta de Márquez de rendir la ciudad, condición de que se garantizarían las vidas de todos los defensores.

Díaz rehusó aceptar esta condición, fundándose en que no era á él sino al Gobierno al que tocaba disponer de la suerte de los prisioneros.

El siguiente días Márquez desapareció de México. Se asegura que se escapó de la ciudad disfrazado



CERRO DE LAS CAMPANAS DONDE FUÉ FUSILADO MAXIMILIANO.

de arriero, conduciendo una carga de carbón; y ese mismo día Tabera, en quien recayó el mando, abrió de nuevo negociaciones con el General Díaz con el objeto de obtener alguna especie de garantía para los defensores de la ciudad. Pero el comandante del Ejército del Este, contestó que la ciudad debería rendirse incondicionalmente, y que no deseaba escuchar proposiciones de otra naturaleza. También informó al enviado, que era el cónsul americano Marcus Otterbourg, que el ataque sobre la ciudad sería reanudado dentro de cinco minutos, y que justamente tenía el tiempo necesario para regresar con seguridad dentro de sus muros.

Esta amenaza tenía simplemente por mira forzar la rendición de manos de Tabera, y Díaz aguardó hasta que Otterbourg hubo llegado á la ciudad para dar la orden de bombardeo. Aún el mismo bombardeo no era en sí sino estratégico y tenía por único objeto mostrar á Tabera la inutilidad de hacer ulterior resistencia, é inducirlo á rendir la ciudad sin pretender por más tiempo asegurar condiciones que Díaz no estaba en disposición de conceder. En efecto, si bien de pronto la guarnición contestó el nuevo bombardeo, muy luego cesó toda muestra de oposición y una bandera blanca fué enarbolada de una de las torres de la catedral en señal de rendición. Tan luego como el humo de las descargas se hubo levantado lo suficiente para permitir que se vieran los muros de la ciudad, fueron desplegados iguales emblemas en las fortificaciones y arriba de las trincheras. Casi al mismo tiempo, un carruaje conduciendo una bandera blanca partió del centro de la ciudad hácia Chapultepec por camino de la Calzada del Emperador, hoy Paseo de la Reforma, donde estaban estacionados el General Díaz y su Estado Mayor, y donde había recibido poco tiempo antes al cónsul americano. En este carruaje iba una comisión de Tabera con poderes para rendir la ciudad.

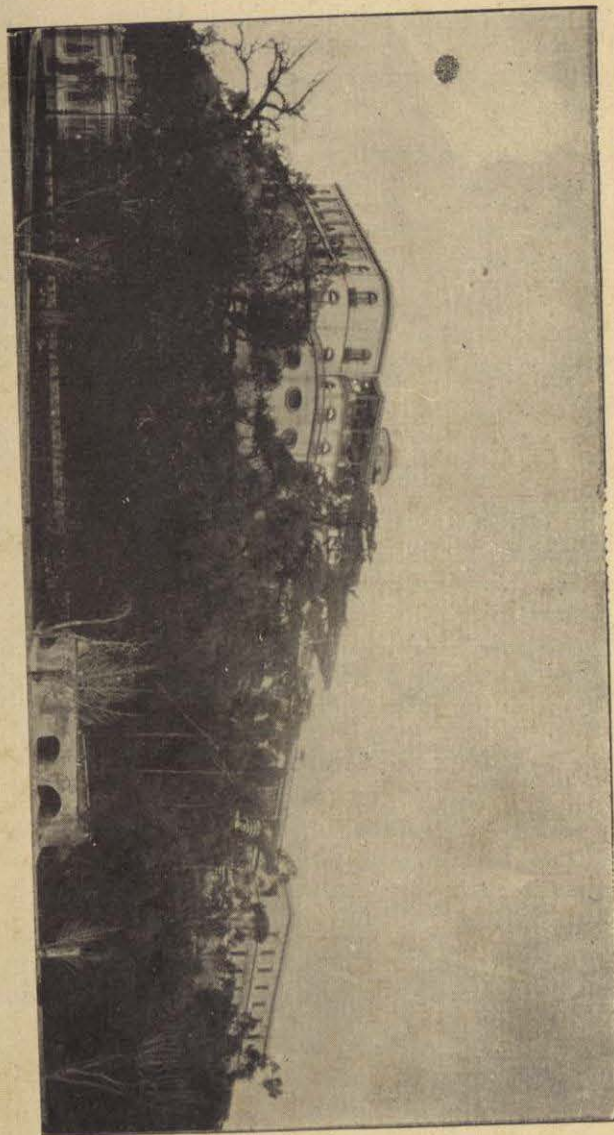
El mismo día se convino en los términos de rendición. Se garantizaba la vida, propiedad y libertad de

los habitantes pacíficos; se ordenaba á los soldados mexicanos del ejército imperialista reunirse en la ciudadela para efectuar su rendición; se le ordenaba al jefe de guerrillas Chenet se situara con las fuerzas de su mando en la iglesia de San Pedro y San Pablo, y las otras fuerzas nacionales en el Palacio. Se facultaba á los generales y oficiales á conservar sus espadas y se designaron ciertos puntos donde debían permanecer inter se hacían otros arreglos.

Se demoró la ocupación de la ciudad hasta el siguiente día, con el objeto de tomar toda clase de precauciones para evitar en la capital el pillaje y otros desórdenes que generalmente acompañan la rendición de una ciudad en tales circunstancias á la entrada de las tropas victoriosas. Con este objeto, el General Díaz dió órdenes de que permaneciera en su puesto la guarnición, hasta que llegaran personas autorizadas por él mismo para relevarla. El cuidado y vigilancia de la ciudad se puso á cargo de una fuerza de policía organizada con tres batallones de Cazadores de Oaxaca, en quienes el General Díaz tenía confianza especial. Estos batallones fueron distribuidos en pequeñas escoltas al mando de oficiales competentes, de tal modo que ninguna parte de la población quedara sin vigilar. Además se destinaron otros tres cuerpos de tropas de Oaxaca para patricular las calles. Después de haber hecho todos estos arreglos para asegurar el orden dentro de la ciudad, las tropas pertenecientes al ejército liberal marcharon dentro de la ciudad de México de un modo tan ordenado como si se tratara de una simple parada.

Con el objeto de que ningún desorden pudiera suscitarse por la entrada á la ciudad de personas que no pertenecieran al ejército, se ordenó que las líneas de trincheras continuaran defendidas hasta nuevo aviso; y á nadie se le permitió entrar ó salir de la ciudad sin permiso por escrito del cuartel general.

Los comerciantes de la ciudad que eran todos imperialistas, esperaban que sus almacenes serían saqueados y aquellos mexicanos que habían unido



CASTILLO DE CHAPULTEPEC.

su suerte á la del imperio y habían luchado por él, aguardaban llenos de temor y temblando con la perspectiva de los fusilamientos, que se decía pronto se efectuarían en grande escala, cuando las fuerzas liberales entraran á la ciudad. Pero esta oportunidad llegó, y no se vió la menor indicación de que se intentara llevar á cabo los actos de venganza que con tanta seguridad se esperaban.

En las disposiciones tomadas para recibir la rendición de la ciudad de México, Porfirio Díaz mostró de un modo decidido esos característicos que más tarde lo distinguirían tanto como hombre de estado; y la moderación de todos sus actos en aquella ocasión, anunciaba la actitud que más tarde asumiría con respecto á los partidos, credos, facciones é intereses encontrados, cuando el destino de la República fuese colocado en sus manos.